

Mesa 28: Los sentidos del trabajo. Cultura, subjetividad e identidades en el mundo del trabajo

Elementos para pensar la "cultura del trabajo" en las prácticas laborales jóvenes de sectores populares

Gonzalo Assusa (CIFFYH – CONICET)

gon_assusa@hotmail.com

Resumen

El presente trabajo expondrá los primeros avances de la investigación llevada a cabo en el marco de mi proyecto de doctorado sobre prácticas y representaciones laborales de jóvenes de sectores populares y su configuración en tanto *cultura del trabajo*.

La perspectiva del estudio se inserta en un marco de investigaciones que intentan indagar la particular manera en la que un grupo de jóvenes de barrios populares de la ciudad de Córdoba insertan sus prácticas laborales en el sistema general de sus estrategias de reproducción social, a la vez que generan una serie de construcciones simbólicas en torno a sus experiencias, disputas y conflictos por la construcción del mundo del trabajo en términos de "esfuerzo", "respeto" y "dignidad".

Si bien muchos estudios habían identificado un desplazamiento del núcleo dinámico de la cultura popular por fuera del mundo del trabajo, un nuevo contexto estructural vagamente denominado como "post-convertibilidad" obliga a repensar la importancia de este ámbito en las prácticas transmutación simbólica de las desigualdades sociales a partir de un conjunto de categorías asociadas a la "cultura del trabajo".

Introducción

El presente texto expone los primeros avances de una investigación en curso sobre prácticas laborales de jóvenes en un barrio popular de Córdoba Capital, en el contexto de la post-convertibilidad. El estudio intenta explorar algunas líneas de análisis en torno a la dimensión estratégica de las mismas y a los usos y apropiaciones que los agentes realizan, configurando su práctica vinculada a la noción de *cultura del trabajo*.

La problemática abordada se ubica en el cruce entre dimensiones materiales y simbólicas, estructurales e históricas (trayectorias), desde una perspectiva fundamentalmente (pero no exclusivamente) cualitativa, lo cual exige apelar a una *multiplicidad de métodos* (Combessie 1998: 1). Se realizaron, en lo que va de la investigación, entrevistas a jóvenes de un programa de empleo, aprovechando la inserción del investigador en éste ámbito. También se hicieron entrevistas a agentes estatales dedicados a la cuestión del empleo en el barrio, a referentes barriales y docentes. Por último, se registraron observaciones en distintos espacios públicos e instituciones del barrio. Para la ponencia se trabajará con catorce entrevistas¹ a partir de las cuales se construirán las primeras elaboraciones teóricas y categorías sobre el caso.

El texto se estructura en cuatro partes. En la primera se plantean algunas características generales de la dinámica actual del mercado de trabajo, instrumento de reproducción central para nuestro tema de investigación. En la segunda parte se presenta la perspectiva teórico-metodológica que sirve de base para anclar las prácticas laborales en sistemas globales de estrategias de reproducción social, es decir, para vincular dichas prácticas con agentes en posiciones definidas relacionamente por una distribución desigual de los recursos de poder. En la tercera parte se describen algunas trayectorias y situaciones representativas que sirven para plantear algunas tipologías y líneas posibles de análisis. Por último, analizo algunas disputas en el campo de la cultura del trabajo, específicamente aquellas en torno a los conflictos sobre la construcción del “respeto” y el “reconocimiento” en el ámbito laboral.

La *cultura del trabajo* aparece como un campo discursivo intervenido desde distintos espacios de poder, y apropiado de manera diferencial por agentes en distintas posiciones. En nuestra investigación se construye analíticamente como un horizonte a partir del cual se producen sentidos, diferenciaciones y legitimaciones de las prácticas, teniendo en cuenta los riesgos

¹ Los nombres y datos de lugares fueron modificados para guardar la identidad e intimidad de las personas.

metodológicos que siempre conlleva una categoría tan políticamente disputada y sustancializada como esta.

Contexto histórico: dinámicas del mercado de trabajo

El desempleo abierto fue quizás la imagen más vívida de la crisis que da fin al régimen de valorización financiera en Argentina. Los procesos de desindustrialización y privatización generaron la pérdida masiva de puestos de trabajo, que llevó a la desocupación a 22 puntos porcentuales en el año 2002. Pasados diez años del “modelo” de la post-convertibilidad, el desempleo ha descendido y se ha estabilizado alrededor de los 8 puntos, incluso en períodos de crisis mundiales como los años 2008 y 2009. Un comportamiento muy similar tuvo el sub-empleo durante este período.

Investigadores de distintas líneas acuerdan en este sentido. Sin embargo, el acuerdo sobre la recuperación de puestos de trabajo en términos absolutos, y de la centralidad de la “economía real” (en oposición a la “valorización financiera”) en el nuevo modelo, no parece tan claro al analizar la calidad de esta alza en el empleo y su implicancia en la redistribución del ingreso.

La *informalidad* del empleo, si bien se redujo en el país, permanece en niveles altos, constituyéndose en un problema de carácter estructural. Los métodos en su medición varían: algunos autores sostienen que el “empleo no-registrado” llega al 36% de los asalariados para el año 2008, aunque, teniendo en cuenta la recuperación en la participación de los “cuentapropistas” en proporción a la PEA, y que por otra parte el crecimiento de esta condición de actividad no es acompañado por una recuperación en sus niveles de ingreso, el denominado Sector Informal Urbano (de acuerdo a la perspectiva de la Organización Internacional del Trabajo) llega al %55 de la misma (Neffa, Oliveri y Persia 2011). Además, la tasa de empleo informal afecta en mayor medida a subgrupos, entre los cuales podemos encontrar tanto a “jóvenes”, como a sectores de “bajo nivel educativo” y de “bajos salarios” (Narodowski, Panigo y Dvoskin 2011).

Otros investigadores, intentando dar cuenta de la complejidad de la situación de informalidad, plantean que el aumento de demanda laboral durante este período (2003 – 2012) está basado en una mayor utilización de la capacidad instalada, con lo cual muchas veces cambiaron los pesos relativos de las distintas condiciones de informalidad: creció el “trabajo precario”, en detrimento del “trabajo indigente” y de los “planes sociales” (Salvia, Fragulia y Metlika, 2006).

Como sabemos, estos procesos tienen consecuencias adyacentes vinculadas a las protecciones sociales, de salud, el déficit previsional, etc., que contribuyen a definir contextualmente un marco para pensar las condiciones estructurales en las que se insertan las prácticas laborales de los jóvenes de sectores populares.

Otro punto conflictivo está relacionado con la evolución del *salario real*. Tal como lo sostiene Pérez (2006), las necesidades de la política macroeconómica y la idea de una recomposición del salario real generan una serie de tensiones y “pujas distributivas”, a partir de la posible “disminución del saldo exportable” ante un potencial aumento salarial real (teniendo en cuenta el tipo de productos que se estaría exportando).

Desde otra perspectiva, Basualdo (2008) sostiene que si bien el salario real ha retornado ya en 2007 a los niveles de 2001 (1% debajo)², todavía se encuentra 10% debajo de la capacidad adquirida en 1995. Pero además, la caída del costo laboral (de 33% en el mismo período) a partir del esfuerzo del Gobierno Nacional en el control de los precios minoristas, ha generado un pronunciado aumento en la apropiación de la ganancia por parte del Capital, con lo cual se ha modificado, a su favor, la relación de fuerzas en la distribución del ingreso.

En el tratamiento de la cuestión redistributiva, de distintas maneras se pone en evidencia la imposibilidad de discutir independientemente las políticas de *distribución del ingreso* respecto de las *matrices de relaciones productivas* y sus consiguientes niveles de rentabilidad y dinámicas económicas (Arceo 2006). En este sentido se plantea que las transformaciones en el ámbito de las capacidades de consumo en los sectores populares deben necesariamente analizarse en relación a las transformaciones de su experiencia en el mundo del trabajo.

En lo referido a los grupos por edad, el proceso de recuperación ha mostrado características diferenciales. Si bien el desempleo ha disminuido también en la población entre 15 y 24 años, la diferencia entre las tasas de jóvenes (fundamentalmente, los que tienen entre 15 y 19 años) y el promedio general ha aumentado (Neffa, Oliveri y Persia 2011).

Por otra parte, específicamente la “cuestión juvenil” se ha vuelto blanco de diversas intervenciones no sólo políticas, sino también mediáticas y civiles. Los jóvenes son presas de muchas de las imputaciones de responsabilidad respecto de la inseguridad y la violencia social como preocupación dominante. Tal como lo plantean Isla y Míguez

² Para comprender esta recuperación es fundamental considerar la reaparición de las negociaciones colectivas de trabajo, y en este sentido, las nuevas condiciones y voluntades políticas puestas en juego a partir del año 2003 en nuestro país.

[...] en nuestras etnografías, el *Otro* demonizado como factor de temor e inseguridad está constituido por “los jóvenes” más que por el extranjero. Pero no “los jóvenes” en tanto simple grupo etario, sino por aquellos especialmente pobres, con sus estéticas y consumos musicales diferentes, que manipulan la pantalla de televisión o de juegos electrónicos. Parecería que los programas que consumen son muy violentos a los ojos adultos, tanto que este factor incidiría en la imagen de inseguridad que suscitan. Así, los jóvenes contruidos como alteridad lejana y peligrosa son uno de los elementos que afectan mucho el temor al crimen, además de exponerlos como sector fuertemente estigmatizado y vulnerable (2010: 96)

En este sentido, y como veremos a lo largo del texto, la condición juvenil antes que ser un punto dado del proceso vital o un lugar definido en la sociedad, es un espacio permanentemente intervenido y constituido, en donde se ponen en juego dinámicas de exclusión, diferenciación y heterogeneización: al hablar de prácticas laborales de jóvenes, estaremos hablando de un grupo anclado estructuralmente en una posición definida por una desigual distribución de los recursos, resultado de historias de luchas por su acumulación y control.

Perspectiva teórico-metodológica del estudio

La perspectiva de las Estrategias de Reproducción Social, que recupera algunos de los aportes teóricos de Pierre Bourdieu, permite dar cuenta de la dimensión de las prácticas con un anclaje en la desigual distribución de los recursos en el espacio social. No podré aquí desarrollar ampliamente la perspectiva teórica, con lo que me limitaré a plantear algunos de sus supuestos más importantes.

En una primera instancia, la perspectiva implica pensar en un Espacio Social *multidimensional*, estructurado a partir de diversos recursos puestos en juego, contruidos como *Capitales*, cuya estructura es el resultado histórico de luchas y acumulaciones. La estructura de relaciones, es decir, las relaciones definidas por la distribución patrimonial (una relación de relaciones), establece posiciones asociadas a determinadas propiedades, ligadas a su definición *sincrónica* y a su *devenir* en el tiempo.

Esta manera de pensar las prácticas laborales de jóvenes de sectores populares construye una visión *relacional* de su posición (Gutiérrez 2007), es decir, la concibe como una “posición estructural dominada” en el espacio social-multidimensional (Gutiérrez 2005; 2007). En este sentido, la idea de reproducción social hace referencia, antes que a la “producción repetitiva de lo mismo”, más bien a “la dinámica de las clases en su conjunto, y, con ello, los mecanismos de perpetuación del orden social” (Gutiérrez 2007): a la producción del “espacio social”, de las “clases sociales” y de sus “relaciones de fuerza y sentido en un estado del campo”, como totalidad, como sistema de posiciones y relaciones entre posiciones (Bourdieu 1990; 2006).

Tal como lo plantea Bourdieu, “Las estrategias de reproducción constituyen un sistema y, por ello, se ubican en el origen de los reemplazos funcionales y efectos compensatorios ligados a la unidad de función” (2011: 38). En este sentido, la lógica del análisis rompe con la construcción de objetos de investigación de determinados ámbitos de la vida (por ejemplo, el del trabajo) como si fueran empíricamente autónomos y autoexplicativos³.

Tal y como es sistematizado por Gutiérrez (2003; 2005), el conjunto de las estrategias depende de un serie de factores, a saber: 1) el volumen, la estructura y la evolución pasada de los capitales (no sólo la cantidad de capitales poseídos, sino el peso relativo de cada uno en el patrimonio y la historia de esa posesión); 2) el estado del sistema de los instrumentos de reproducción y su evolución (teniendo en cuenta la posibilidad de los agentes de echar mano a recursos estatales, de políticas sociales, su posibilidad de insertarse en una dinámica particular del mercado de trabajo, del mercado escolar, etc.); 3) de las relaciones de fuerzas entre las clases (en un momento dado); y 4) de los *habitus*⁴ incorporados por los agentes sociales a partir de esas posiciones ocupadas.

En el marco de las estrategias de reproducción social, es decir, de aquella diversidad de prácticas tendientes a conservar y aumentar la recursividad social, es decir, a “mejorar o conservar la posición social de los agentes” es que se piensan las *estrategias y las trayectorias laborales* (Gutiérrez 2005; Aimetta y Santa María 2007; Eguía y Ortale 2007) como producidas por *habitus* generadores de *proyectos biográfico-laborales* con ideas y nociones de normalidad, comunidad y valores compartidos sobre el trabajo en una secuencia temporal (Muñiz Terra 2007).

Estrategias laborales de jóvenes: algunas recurrencias y diferencias

Las prácticas laborales de los jóvenes con los que aquí trabajamos presentan algunas importantes recurrencias. Si bien las características de la muestra no dan lugar a generalizaciones,

³ Sin por ello borrar las lógicas particulares y los bienes valorados y puestos en disputa en cada Campo específico.

⁴ El esquema teórico de Bourdieu supone pensar lo social en su doble existencia: en las cosas y en los cuerpos. En este sentido, la reproducción de la estructura sólo se comprende en el marco de su “complicidad ontológica” con las estructuras subjetivas, formadas históricamente a partir de la incorporación (desde un punto particular del espacio) de las estructuras objetivas que determinan las posiciones de los agentes. “Principio generador largamente instalado por improvisaciones reguladas, el *habitus* como sentido práctico opera la *reactivación* del sentido objetivado en las instituciones: producto del trabajo de inculcación y de apropiación que es necesario para que esos productos de la historia colectiva que son las estructuras objetivas alcancen a reproducirse bajo la forma de disposiciones duraderas y ajustadas que son la condición de su funcionamiento, el *habitus*, que se constituye en el curso de una historia particular, imponiendo a la incorporación su lógica propia, y por medio del cual los agentes participan de la historia objetivada de las instituciones, es el que permite habitar las instituciones, apropiárselas de manera práctica, y por lo tanto mantenerlas en actividad, en vida, en vigor, arrancarlas continuamente al estado de letra muerta, de lengua muerta, hacer revivir el sentido que se encuentra depositado en ellas, pero imponiéndoles las revisiones y las transformaciones que son la contraparte y la condición de reactivación” (Bourdieu 2010: 93).

plantearemos cuáles son las propiedades transversales de nuestro universo y, a partir de estas, desglosaremos más en detalle las propiedades que establecen diferenciaciones más importantes en el universo estudiado.

Si bien puede resultar esperado o redundante, en términos generales aparecen características de trayectorias-tipo. En el caso de los varones, todos han trabajado en la construcción. Algunos contribuyendo en la construcción o ampliación de la propia vivienda (como Alejandro o Leandro), pero la gran mayoría participando en esta actividad a partir de su primer trabajo, a los 14, 15 o 16 años, el período en el que muchos dejaron la escuela secundaria. Salvo casos muy puntuales, que se presentaron en obras del centro de la ciudad a ofrecer su mano de obra a desconocidos, consiguieron el puesto por contactos de sus padres, empleados por sus vecinos o sus tíos. Esto marca también otra fuerte continuidad en las trayectorias respecto de las ocupaciones de sus padres: la gran mayoría, con algunos grados diferenciales de calificación, fueron o son albañiles.

En el caso de las mujeres, también es recurrente una ocupación: el trabajo doméstico. Ya sea cuidando niños o realizando tareas de limpieza, todas han participado de este tipo de actividades, y de igual manera que los varones, han accedido a estos puestos a partir de contactos familiares, de vecinos, amigos, o de la iglesia o templo. En menor cantidad de casos, han participado también en tareas de atención al público en pequeños comercios.

Ninguno de ellos ocupa el lugar de principal sostén del hogar. Ninguno de los jóvenes entrevistados posee un empleo registrado, por lo que no cuentan con obra social, y prácticamente ninguno cuenta con cobertura por parte de sus padres (quienes se encuentran en la misma situación). Casi todos viven con sus padres, salvo dos mujeres, con hijos, que actualmente habitan con sus parejas. Todos terminaron la escuela primaria, y sólo uno de todos ellos terminó la secundaria. Esta homogeneidad está vinculada a mi acceso como investigador al campo a través de un Programa del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación (*Programa Jóvenes con Más y Mejor Trabajo*⁵) en el cual todos estos jóvenes están insertos.

Describiré algunas situaciones y trayectorias que considero significativas o representativas, para luego plantear algunas líneas conceptuales de análisis sobre las prácticas laborales de estos jóvenes.

⁵ En adelante, PJMyMT.

Los saberes

Teniendo en cuenta las características de la muestra, como veníamos planteando, el *capital escolar*⁶ institucionalizado en términos generales no aparece como una propiedad que estructure claramente las desigualdades en el universo de los jóvenes entrevistados, es decir, no está desigualmente distribuido en el espacio de estos agentes. Sin embargo, si observamos el capital escolar de la familia de origen podemos establecer algunas diferenciaciones. Las mismas pasan fundamentalmente por 1) el tipo y condición de puestos laborales al que pudieron acceder los jóvenes, y 2) la posibilidad de inversión con la que cuentan.

Los dos padres de Alejandro trabajan en el campo de la salud como enfermeros, y poseen un título terciario que los habilita para dicho ejercicio. La casa en la que viven fue adquirida a través de una cooperativa de vivienda y, con el tiempo, la fueron ampliando: “Cuando llegamos, era una tapera”, cuentan. Cuando terminaron la secundaria, migraron a la Ciudad de Córdoba desde el interior de provincias del litoral, para realizar sus estudios. Si bien no tiene su título de la escuela media, Alejandro terminó de cursar. Por haberse cambiado de especialidad (de electrónica a mecánica) en la escuela técnica a la que asistía, le quedaron equivalencias sin rendir. Además de realizar “entrenamientos laborales” en el marco del Programa, brinda servicios para fiestas de quince y casamientos. Gran parte de los equipos los armó él mismo, a partir de sus conocimientos en electrónica. Su hermana es, según términos utilizados por sus padres, una “bocha”, y quiere estudiar ingeniería en sistemas en la Universidad Tecnológica Nacional: “Dicen que ahí son mucho más contemplativos con los que trabajan”.

Leandro dejó la secundaria en segundo año. Tiene 23 años. Su hermana más grande tiene 31 años y tres hijos. “Terminó la escuela de grande”, en la nocturna, y ahora “estudia enfermería en la villa” (en un terciario que funciona en una escuela pública del barrio). Su hermana más chica tiene dos hijos (es menor que Leandro) y no terminó la escuela. Su madre terminó la primaria. Trabajó de empleada doméstica y realizaba contraprestaciones en una escuela por el *Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados*⁷, pero en el último tiempo enfermó de su espalda y no pudo trabajar

⁶ Pensamos el capital escolar como una forma particular del capital cultural. Éste, “[...] puede existir bajo tres formas: *en estado incorporado*, es decir, como disposiciones durables del organismo; *en estado objetivado*, como bienes culturales, cuadros, libros, diccionarios, instrumentos, máquinas, que son la huella o la realización de teorías o de críticas de esas teorías, de problemáticas, etc.: y por último *en estado institucionalizado*, forma de objetivación que debe considerarse por separado porque, según puede notarse a propósito del título escolar, confiere propiedades totalmente originales al capital cultural que garantiza” (Bourdieu 2011: 214). Su relevancia es clave para pensar las prácticas laborales, aunque, como veremos, su peso varía mucho contextualmente.

⁷ En adelante, PJJHD.

más. Ella y Leandro viven con la segunda hermana, de 28 años, en una piecita que lograron construir al fondo del terreno que ocuparon. Él ha trabajado como albañil, pero preferiría no hacerlo nuevamente. “Su cuerpo no da para un trabajo tan pesado”, me dice su madre, haciendo referencia a su contextura menuda. Empezó trabajando en la empresa de limpieza de autobuses en la que actualmente se desempeña su hermana, pero luego de una semana lo despidieron, junto a todos los recién contratados, por exceso de personal. No le resulta sencillo conseguir trabajo, pero no siente que no haber terminado la secundaria lo limite en la búsqueda. Quiere trabajar en obras de *countries*, como su cuñado, pero para esto necesita un certificado de buena conducta, y como tiene una contravención por merodeo en el centro de la ciudad, no puede acceder al mismo.

Luis tiene 23 años. Vive con sus padres. Su padre es pintor de obra y su madre “trabaja en las casas”, manera en la que se refiere a que es empleada doméstica. Su hermano es policía y le consiguió un puesto de guardia en el que duró cerca de dos meses. No quedó efectivo, sin entender por qué. Antes trabajó en fábricas y empresas comerciales medianas. También trabajó en la recepción de una clínica del barrio. Según su propia evaluación, le costaba mucho atender al público. Es el único de los entrevistados que finalizó el nivel medio en la escuela de la parroquia del barrio. Tiene algunos problemas de salud que le preocupan mucho (le detectaron principios de epilepsia y está siendo tratado): “Por estos problemas estoy muy preocupado y no puedo disfrutar de mi juventud”, plantea. A pesar de contar con el recurso de la titulación, que en ninguno de los otros casos aparece, no logra sostener un trabajo en el tiempo, y esto lo frustra mucho.

Alejandro puso en juego una estrategia de acumulación colectivamente articulada con su familia. La posibilidad de terminar la escuela media implicó un compromiso de su parte, pero también de parte de sus padres, de dispensarlo de tener que ingresar de lleno al mundo laboral a edad temprana⁸. Por otra parte, el dinero que obtuvo a partir de sus trabajos temporales fue guardándolo (entregándoselo a su madre, para no gastarlo) e invirtiéndolo. Primero compró los elementos y armó los equipos de sonido. Luego, con lo obtenido en los servicios de fiesta, le

⁸ Gutiérrez analiza la cuestión de la “obligación” de la escuela primaria: “Esta «obligación» implica una serie de prácticas y de representaciones asociadas: el compromiso de los padres de hacerlo posible, especialmente retardando el ingreso de los hijos al mercado laboral (comienzan a trabajar a los 13 ó 14 años, cuando terminan el último grado del nivel primario de educación formal), y con ello, de hacerse cargo de todos los gastos que se ocasionan, y el de los hijos, de reconocer y valorar el esfuerzo paterno cumpliendo con las tareas escolares, en lo posible año tras año, «grado tras grado», sin repetir ninguno” (Gutiérrez 2003: 124).

compró un Ford Sierra a su padre, a partir de lo cual cambiaron el auto familiar por un modelo cero kilómetro.

Al igual que Alejandro, a Leandro le interesa la mecánica del automotor. En el caso del primero, actualmente está trabajando, luego de un largo entrenamiento, en un taller de chapa y pintura. Además, se recibió de la escuela técnica con la especialidad en mecánica. A Leandro no le molesta hacer cursos, pero prefiere no hacerlo: “Me doy maña”, dice. Alejandro utiliza la misma expresión. Luis y Leandro se encuentran actualmente desempleados.

Matrimonios e inversiones

Natalia tiene 21 años. Actualmente trabaja (“en negro”) como animadora en un salón de fiestas infantiles. Le ofrecieron trabajar en blanco, pero lo rechazó porque de esa manera debía permanecer mucho tiempo en su trabajo, y eso le traería “problemas” en su casa. Está juntada con el padre de su hija, que es militar. Vive con sus suegros y ellos le ayudan a cuidarla. Pagan un terreno en cuotas a una organización social que controla y gestiona terrenos ocupados en la zona. Inés tiene 22 años y un hijo de 4. Vive con su abuela, en el mismo terreno que su padre y su tío, cada uno con sus respectivos grupos familiares, luego de varios desplazamientos entre la casa de su madre, la de su padre y la de otra abuela. Empezó algunas veces la escuela para adultos, pero la abandonó. Dice que ahora sólo quiere anotarse cuando esté segura de que lo terminará. Comenzó a trabajar a los 12, en la casa de una “conocida del salón” (un templo de Testigos de Jehová). También cuidó, durante un tiempo, los hijos de otro miembro del mismo salón. Siempre trabajos cortos e interrumpidos. Estuvo trabajando dos meses en una pizzería, de encargada de la caja, pero en la reducción de personal quedó fuera. Luego de eso no buscó intensivamente trabajo. Su principal ingreso es lo que cobra por la Asignación Universal, y lo dedica a la cuota del jardín y a los gastos de ropa y ocio de su hijo. Su abuela aporta los gastos en comida para su casa. Trabaja en los baños de la terminal de ómnibus reponiendo papel higiénico y limpiando y no puede ayudarlo cuidando a su nieto. Cuando Inés tiene actividades como cursos, escuela o trabajo, ella deja a su hijo con su suegra.

Para las jóvenes entrevistadas, fundamentalmente aquellas que tienen hijos, su alianza y la formación de un nuevo núcleo familiar aparecen como datos muy relevantes. Su posibilidad de inversión está fuertemente atada a la disponibilidad de recursos que aparece cuando su pareja

cuenta con empleos estables, registrados y bien remunerados. Siempre mencionan la limitación que les implica estar buscando empleos de medio tiempo por no poder desentenderse de las responsabilidades domésticas.

El movimiento

El padre de Luciano trabaja de albañil, al igual que su hermano mayor y su cuñado. Su madre trabajaba de empleada doméstica, aunque ya no lo hace más (hace un año que está “parada”). Él comenzó trabajando de albañil con su cuñado. Cuando retornó a Córdoba, luego de vivir en el interior de la provincia con su hermana, empezó a participar de actividades que organizaban militantes de un movimiento que realizaba algunos trabajos con jóvenes en la villa en la que él vive; intervenciones fundamentalmente vinculadas a las detenciones ilegales de la policía en el marco del Código de Faltas de la provincia.

Transcribo una nota de campo sobre una charla con Luciano.

Antes de empezar a militar en el movimiento (en el barrio) pensaba en convertirse en policía. Miraba por televisión los piquetes en 2004 y 2005 y se identificaba con la idea de reprimirlos. Cuando le contó esto a su madre, ella y el resto de su familia lo aprobaba. Cuando cambió de opinión a partir del contacto con la militancia, ella le planteó que le habían llenado la cabeza. De trayectoria en el partido radical, para Luciano, ella y su familia “no entienden de política”. Entiende que les da miedo cuando él va a alguna marcha. Él sostiene que habla con ellos, charla para explicarles. Dice que le gusta luchar por “los de abajo”, por su mamá, por los vecinos y “por qué no, también por mí”. Dice que él es el primero en su familia en militar políticamente, pero que su madre es “muy piola” (17 de abril de 2012).

Él relata su participación en el movimiento como un quiebre en su historia. No sólo le dio contactos que, en su momento, logró capitalizar en la búsqueda de trabajo, sino que además le sirvió para “defenderse”. Las mismas herramientas que se trabajan en el movimiento para el encuentro con “la policía”, Luciano las aplica en el ámbito laboral.

Le gustó el trabajo administrativo y considera que la militancia le enseñó a defenderse laboralmente y contra la policía (“enfrentarse”). Dice que a la policía le da miedo darse cuenta que “vos tenés mucho conocimiento” y que ellos “te meten el pecho” porque tienen miedo y no conocen el Código de Faltas. Siente que la militancia también le abrió puertas laborales. Sin embargo, cuando le pregunté si le gustaría dedicarse a eso, a la política, me dijo que no, que consideraba que la política siempre te llevaba a la corrupción (17 de abril de 2012).

En este sentido, Luciano reconoce un tipo de conocimientos y habilidades capitalizables en el ámbito laboral que no tienen estrictamente que ver con un saber técnico: cómo “pararse” y hablar con alguien, cómo discutir (práctica que adquirió de tanto “roskear” con sus compañeros). Por esto también se siente cómodo en trabajos administrativos. En la actualidad, realiza una práctica en una importante empresa de correo, y tiene posibilidad de quedar efectivo.

Estrategias y posiciones diferenciales

Como ya habíamos adelantado, las estrategias laborales no pueden pensarse de manera aislada, sino que deben anclarse e insertarse en el diverso *sistema de estrategias de reproducción* que los agentes ponen en juego para sostener y mejorar sus posiciones en el espacio social. Uno de los problemas que suelen aparecer en los estudios sobre trabajo es que se piensa en los agentes como si lo único que ellos hacen fuese trabajar, o bien, como si su práctica se definiera de comienzo a final exclusivamente en el espacio laboral. Este razonamiento es el que lleva a planteamientos dicotómicos, atados a distinciones nativas: “Por un lado” estarían los “trabajadores”, y “por el otro” los “asistencializados”.

Como podemos observar, algunos agentes logran diversificar sus estrategias de obtención de recursos, combinando estrategias laborales “en negro” con subsidios, programas laborales o programas de sostenimiento de ingresos de varios integrantes de su grupo familiar. En otros casos se articula un sistema de estrategias a nivel familiar o de pareja, lo cual ha dado lugar (sobre todo para mujeres, que continúan cargando con el trabajo doméstico) a búsquedas de ocupaciones de medio tiempo pero que, combinadas con salarios altos del otro integrante de la pareja, han permitido acumulación e inversión en *capital económico*, fundamentalmente, en rodados e inmuebles.

Por otra parte, entendemos que, como el capital escolar no se encuentra desigualmente distribuido (o al menos no de manera evidente considerando sólo la titulación de la escuela media), son otros los recursos que tensionan la estructura del espacio: es el caso de los conocimientos o saberes especializados, la asistencia a escuelas técnicas, etc.

A pesar de que la idea de que “es difícil conseguir trabajo sin tener la secundaria completa” es bastante aceptada en casi todos los medios sociales, muchas veces las búsquedas de empleo -en las cuales se ponen en evidencia las estructuras incorporadas y perdurables de la propia posición y la de la familia- se orientan hacia puestos en los cuales la posesión o no de un título secundario no es tan valorada y determinante como la posesión de otro tipo de credenciales (una “buena conducta certificada”, por ejemplo). La persistencia del *habitus* como horizonte de lo posible, incluso cuando se han modificado los haberes de recursos disponibles para poner en juego en la lucha, determina que, en ciertos universos, sean otras las propiedades que estén definiendo las principales desigualdades. Mientras que el conocimiento práctico necesario para el trabajo “en la

obra” es más o menos general, el saber técnico necesario para “armar equipos de sonido”, por ejemplo, además del capital económico necesario para poner a funcionar un emprendimiento en esta actividad, marca claras diferencias y construye posiciones muy desiguales. La valoración de la habilidad para “darse maña” es más o menos común. Sin embargo, los recursos con los que se cuentan para este “rebusque”, son desiguales.

La acumulación de capital escolar en la familia origen, en este sentido, da lugar a expectativas e inversiones diferenciales, y por lo tanto, a estrategias laborales que ponen en juego lógicas que tienden a reproducir, cuando no capital cultural institucionalizado y objetivado, sí saberes técnicos especializados y capital tecnológico adquirido.

Por último, la participación de algunos de los jóvenes en un campo relativamente autonomizado del campo político, como es el de la militancia “territorial”, da lugar a un análisis de la posibilidad de acopio, tanto de saberes (maneras de hablar, pararse, discutir con agentes de posiciones sociales del bloque dominante) como de informaciones y vínculos (contactos con propietarios de pequeños emprendimientos para conseguir trabajo, acceso a programas sociales, conocimiento sobre disponibilidad de bienes inmuebles accesibles, etc.).

En este sentido, si bien el *capital militante*⁹ no otorga acceso directo a la red de circulación e intercambio de los bienes monopolizados por el Estado, estos “aprendizajes conferidos por el militante” (Poupeau 2007: 39) no sólo son valorizados en el campo político, sino que además pueden ser reconvertidos y puestos en juego (exitosamente, por momentos) en diversas instancias laborales: entrevista de selección, resolución de conflictos con pares, participación en la toma de decisiones, negociación con superiores, etc.

En este sentido, entendemos que la experiencia militante puede ser analizada más allá del *capital social* como red de relaciones durables y rentables, que puede activar en determinados momentos y espacios el agente. Sin embargo, la narración sobre la búsqueda, y sobre todo, la consecución de puestos de trabajo de la mayoría de los jóvenes con los que hablamos hace mención, en alguna medida, a prácticas insertas en estas redes de relaciones.

Aquí, la puesta en juego de este capital puede leerse, a la vez, como *habilitante* y *limitante*: en la búsqueda, sobre todo de trabajos que exigen cierto grado de “confianza”, como lo son el trabajo

⁹ Este capital, adquirido muchas veces como capital en el campo político, se distingue de éste último a partir de su “inestabilidad”: “Incorporado bajo las formas de técnicas, de disposiciones a actuar, intervenir, o simplemente obedecer, recubre un conjunto de saberes y de saber-hacer movilizables durante acciones colectivas, luchas inter o intra-partidarias, pero también exportables, convertibles en otros universos, y, así, susceptibles de facilitar ciertas «reconversiones»” (Poupeau 2007: 41)

“en la obra” o “en casa de familia”, los contactos y el uso de relaciones personales parece un capital tan efectivo como necesario; sin embargo, en los momentos en los que surge algún tipo de conflicto o incumplimiento por parte de los empleadores, los jóvenes se ven imposibilitados para reclamar o llevar a cabo otras estrategias, porque quienes los emplean son “conocidos”, suyos, de sus padres, de la iglesia, etc. De esta manera, el capital social funciona como un desactivador permanente del conflicto distributivo¹⁰ en el espacio laboral.

A partir de estos desarrollos, construí tres *posiciones estratégicas de acumulación* a partir de las cuales se definió el cuerpo de prácticas laborales que aquí intento analizar. Obviamente, estas definiciones pretenden funcionar como herramientas heurísticas y no como categorías de clasificación estancas. La mayoría de los casos estudiados no pueden incluirse de manera exacta en ninguna de estas posiciones. La primera, vinculada al capital escolar de la familia de origen y las posibilidades de diversificación e inversión a las que estos recursos dan lugar. La segunda, relacionada con la posibilidad de alianza y construcción de una estrategia de acumulación familiar o de pareja, negociando la división del trabajo doméstico combinado con el aporte de (por lo menos) un salario alto. La tercera y la última, vinculada a la apropiación de capital militante y la posibilidad de desplegar estrategias laborales a partir de la reconversión de estos saberes y competencias acopiados.

Disputas simbólicas en torno al trabajo

Finalmente, presentaré algunas situaciones de disputa en el ámbito laboral, todas ellas estructuradas a partir de construcciones simbólicas en torno al Trabajo como práctica. Si bien muchas veces, incluso desde las ciencias sociales, se piensa al trabajo moderno directamente asociado a la instrumentalización de la vida, en mi trabajo de campo aparecieron numerosos datos que anclan las prácticas laborales en una serie de atributos morales y de prestigio que se distribuyen desigualmente en la sociedad.

Esta dotación de valor moral al mundo del trabajo no es solamente el sentido nativo de políticos y periodistas que reclaman la pérdida de una “cultura del trabajo”, a la vez, sustancializada y

¹⁰ Con la idea de conflicto distributivo pretendo hacer las salvedades del caso respecto de los conflictos que de hecho surgen y son específicos de las relaciones laborales con conocidos y sobre todo con familiares. Muchos de los jóvenes me mencionaron en nuestras charlas la máxima de que “no hay que mezclar negocios con familia”. Sin embargo, estos conflictos se sitúan en otros ámbitos, y no generalmente en el terreno de la disputa por la asignación de recursos acordada previamente al establecimiento de la relación laboral.

añorada. Es también un conjunto de formas de apropiación de este campo en disputa –el de la cultura del trabajo- por parte de los sectores populares como elemento constitutivo de un repertorio moral eficaz en la construcción de diferencias entre la “gente como nosotros”, “laburantes”, y los *Otros*, “vagos”, “peligrosos”, “políticos”, etc. Y aquí, como en toda práctica, no todos están en la misma condición de apropiarse y poner a funcionar estos recursos (morales).

Saber cuándo agachar la cabeza

Cuando le preguntaba a Inés sobre otra joven que ella conocía, y sobre sus posibilidades de conseguir empleo, ella me hablaba sobre el “carácter” de su conocida.

Le pregunté si opinaba que Jessica (una chica que conocía del programa y era relativamente cercana) podía conseguir trabajo. Me dijo que sí porque se expresaba bien (le dan mucha importancia al uso del lenguaje), pero que tenía demasiado *carácter*, mucha “cara de orto”. Cuando le pregunté sobre su propio carácter, dijo que ella también tenía carácter fuerte pero que sabía “bajar la cabeza” y comerse las palabras (16/04/2012).

Hacía referencia a su propia experiencia de conflictos en el ámbito laboral. En uno de sus trabajos, en un lugar de comidas para llevar, debía dejar a su hijo en el local para ir a repartir viandas. Cuando volvía, lo encontraba maltratado por la hija de sus jefes y, a pesar de sus reclamos, ella consideraba que su patrón no hacía nada para impedirlo. Luego de enfrentarse fuertemente con él terminó abandonando el trabajo: “Si es conmigo, bajo la cabeza. Pero a mi hijo lo defiende, de mis patrones, de mi familia, de quien sea”.

Por su parte, Natalia, que la conocía, me planteaba sobre Inés que, aunque son “del mismo signo” (cumplen años en Diciembre), en el fondo son muy diferentes. Primero me habló sobre su falta de positividad, y de que “no sabe qué hacer, no se decide”. Luego me planteó: “viste que ella es medio rebelde. Para mí como que todo el tiempo se quiere hacer ver” (17/05/2012).

Desde el punto de vista de Natalia, “hacerse ver” era un modo, de cierta manera, ilegítimo de búsqueda de reconocimiento. Un modo por fuera de la lógica laboral. Al narrarme sobre un conflicto sobre la encargada nueva del salón donde trabaja (alguien “parecido a Inés”), me contaba la “desubicación” con la cual daba órdenes, queriendo “sobresalir”, sin considerar lo que era bueno para ella y para los demás en el trabajo.

Para Inés, en cambio, desprovista de posibilidades mayores de acumulación en sus estrategias, el reconocimiento se ancla en el espacio doméstico, y en su lugar de protectora, de madre.

Saber cuándo hacerse respetar

Cuando hablé con Luis, recordé sobre un conflicto del que me había contado en uno de sus trabajos. Transcribo mis notas de campo en donde discuto esto con él.

Me contó que no estaba trabajando más en la empresa de seguridad. No entendía por qué “no lo habían visto apto para el puesto”. Antes trabajó en una empresa de artículos para la construcción, en el depósito, y en una fábrica de bicicletas, en la línea de montaje y en el depósito. El trabajo en la fábrica fue el que más le gustó y con ese se proyecta a largo plazo. Le pregunté por una discusión que había tenido haciendo la práctica del PJMyMT y de la que yo conocía. Luis tenía un recuerdo muy vago. Aún así, reconoció que no le era fácil relacionarse. Uno de sus defectos, dijo, es que “no me puede guardar nada, siempre tengo que decir todo. Veo algo malo y lo digo”. Y eso, según él, le trae problemas. Dice que sus padres se lo criticaban mucho (26/06/2012).

Sus dificultades para vincularse en el ámbito laboral, incluso cuando su capital escolar lo hubiera posicionado teóricamente por encima del resto, estriban en una valoración positiva de la “honestidad” como actitud, de “ir de frente” y “decir lo que se piensa”, en espacios en donde esta práctica se reprime permanentemente. El capital escolar no necesariamente le indica, de manera eficaz, cómo resolver los problemas de interacción en el trabajo, cómo interactuar con sus compañeros o cómo negociar con su encargado.

Cuando discutía con la hermana y la madre de Leandro, me planteaban que

“Su cuerpo no da para un trabajo tan pesado como el de la obra”, me decían las dos sobre Leandro, justificando que la albañilería “no era para él”. “Por eso tiene que tratar de portarse bien, llegar temprano, no faltar y va a andar bien en este trabajo” (06/06/2012).

Su hermana hacía permanente hincapié en la necesidad de mostrar “respeto” a sus patrones –en la empresa de limpieza-, en referencia a la disciplina y la sumisión. Su necesidad de un “certificado” sobre su “buena conducta” da cuenta de la valoración de este recurso, escaso, tal como aparece en la experiencia de Leandro. Ante la imposibilidad de poner en juego otros capitales, la *subordinación* demostrada, casi sobreactuada, aparece *como estrategia* viable en el mundo del trabajo.

Alejandro, en cambio, me mencionaba la diferencia entre su actual jefe y su patrón en un taller en el que trabajó durante dos años.

Sus primeros trabajos (en una tienda de videojuegos y en un taller mecánico) tuvieron un componente “técnico” y los consiguió por conocidos o contactos de su padre. En el segundo de ellos estuvo dos años y se siente muy agradecido por todo lo que aprendió y la paciencia que su jefe le tuvo (sobre todo porque en esa época dice haberse mandado “muchos mocos”). Esta experiencia es el contrapunto de su actual encargado, que no diferencia entre “llamar la atención” y “maltratar”. Obviamente él entendió que tenía que responder a este maltrato, consulta mediante con sus padres, porque “hay que hacerse valer” (21/04/2012).

“Siempre con respeto”, como él aclara, citando a su madre, habló con su encargado y con representantes del PJMyMT para establecer acuerdos de interacción en donde no le faltasen el

“respeto”. “Si estoy aprendiendo, no me tienen que decir mal las cosas”. La validez de la experiencia del aprendizaje se pone en juego también en el espacio de trabajo; espacio de interacción con quien tiene el control de proceso de trabajo (su encargado), pero a quien ata, también, a determinadas normas de etiqueta sobre el “trato” y la “manera de dirigirse a los demás”. Haciéndose respetar, Alejandro luchaba por sostener las condiciones de valorización de su capital de competencias técnicas, puesto allí en juego.

Luciano también me narraba sus problemas con un señor mayor en su actual trabajo:

Me contó que había tenido problemas con un viejo que laburaba en Andreani. Dice que está medio loco, que “bardea” a todos y cuando lo trató mal a él, lo mandó “a la mierda”. Después los compañeros lo agarraron y le dijeron que le hablara al Gerente. Este le planteó que había que dejarlo tranquilo porque se estaba por jubilar. “Hace 20 años que está en la empresa, no lo pueden echar”.

A pesar de haber quedado inserto en un conflicto en el cual él también había terminado agrediendo a su compañero, supo resolverlo de una manera en la que algunos de sus pares no han podido. Exponer sus razones, negociar y ser atendido. Este acontecimiento del “bardeo” me lo cuenta en una charla a colación de otro “bardeo” que había sufrido, pero este último, en una asamblea del movimiento. Curiosamente, logra resolver ambos de la misma manera.

Reflexiones finales

A pesar del enfoque que muchas veces impone la “sociología del trabajo”, abocada casi exclusivamente al ámbito laboral como universo relativamente autónomo, las prácticas laborales de jóvenes de sectores populares sólo comienzan a parecer comprensibles y sistematizables de para el análisis cuando se las reinserta en el flujo de sus vidas cotidianas y de los procesos globales de producción y reproducción social.

Tal como venimos planteando, las prácticas laborales se vuelven comprensibles, necesariamente, en el marco de un sistema de prácticas diversas de producción y reproducción social, llevadas adelante por los agentes. En el mismo sentido, la “cultura del trabajo”, antes que como conjunto de prácticas, o como sistema de valores asociados al “esfuerzo” y la “responsabilidad”, es pensado aquí como un *campo en disputa*. Horizonte de significación común a partir del cual se produce tanto *sentido* como *legitimación*, es utilizado de diversas maneras por los agentes, y en el marco de distintas estrategias laborales, desde desiguales posiciones sociales.

Parte de este campo en disputa son los criterios legítimos de interacción y la acumulación de cierto reconocimiento en el espacio de trabajo (aunque no exclusivamente en él), y que en el

trabajo de campo aparece, de distintas maneras, como “respeto”. Las estrategias de “rebeldía” y “subordinación” se insertan en el marco de esta lucha por la construcción de reconocimiento en las prácticas laborales, entre agentes desprovistos de estrategias de acumulación, de articulación familiar, de diversificación posesión de capital militante o de capital escolar en la familia de origen.

Mal que le pese al sentido común intelectual, la *rebeldía* como estrategia¹¹, incluso, puede llevar a la deslegitimación, o a la profundización de la situación de subordinación, realizada desde una posición desfavorecida. Mientras tanto, la *subordinación estratégica*, institucionalizada y objetivada en “certificados”, crea un recurso ante la ausencia de las demás competencias valorizables en el espacio laboral.

La posibilidad de exigir respeto para sí mismo aparece, sobre todo, en las posiciones desde las cuales se desplegaron estrategias diversificadas o con cierto grado de acumulación. En trabajos de mayor calificación y condiciones, las competencias vinculadas a cómo discutir, con quién hablar y cómo negociar, contribuyen en gran medida a la resolución de conflictos y a la construcción de la propia persona como “respetable”. La defensa de las normas de trato e interacción y de la validez de la experiencia de aprendizaje, funciona a su vez como la defensa de las condiciones de valorización del capital de conocimiento técnico, y posibilitado por un proceso de diversificación y capitalización de la posición.

Las luchas en el campo de la cultura del trabajo se constituyen como estrategias de distinción, de legitimación diferencial de las estrategias laborales y de las propias posiciones, centrales en el contexto de tradiciones nacionales fuertemente estructuradas en torno al Trabajo como uno de los principales recursos morales de acceso a la “dignidad de las personas” y a la “construcción de ciudadanía”.

¹¹ Planteamos esto en el sentido en el que advierte Bourdieu: “La resistencia puede ser alienante y la sumisión puede ser liberadora. Tal es la paradoja de los dominados, y no se sale de ella (...). La resistencia se sitúa en terrenos muy distintos del de la cultura en sentido estricto, donde ella no es nunca la verdad de los más desposeídos, como lo testimonian todas las formas de “contracultura”, que podría mostrarlo, suponen siempre un cierto capital cultural. Y toma las formas más inesperadas, hasta el punto de resultar más o menos invisible par aun ojo cultivado” (2007: 157)

Reflexiones finales

- Aimetta, Corina y Santa María, Juliana (2007), “Sobre las estrategias laborales: las huellas de la precariedad en el mundo del trabajo”, en Eguía, Amalia y Ortale, Susana (coord.), *Los significados de la pobreza*, Biblos, Buenos Aires.
- Arceo, Enrique (2006), “El fracaso de la reestructuración neoliberal en América Latina: estrategias de los sectores dominantes y alternativas populares”, en Basualdo, M. Eduardo y Arceo, Enrique (comp.) *Neoliberalismo y sectores dominantes. Tendencias globales y experiencias nacionales*. Buenos Aires: CLACSO.
- Basualdo, Eduardo (2008), “La distribución del ingreso en la Argentina y sus condicionantes estructurales”. *Memoria Anual 2008*. Buenos Aires: Centro de Estudios Legales y Sociales.
- Bourdieu, P. (2006), *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- Bourdieu, P. (1990), “Espacio social y génesis de las clases”, en *Sociología y cultura*, Grijalbo – Fondo Nacional para la Cultura y las Artes, México D.F.
- Bourdieu, Pierre (2011), *Las estrategias de la reproducción social*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Bourdieu, Pierre (2007), *Cosas dichas*, Gedisa, Barcelona.
- Bourdieu, Pierre (2010), *El sentido práctico*, Siglo XXI, Buenos Aires.
- Combessie, Jean Claude (1998), *Aspectos teórico-metodológicos en la investigación. La triangulación en terreno*, Seminario en Córdoba, Argentina, Mimeo.
- Eguía, Amalia y Ortale, Susana (2007), “Introducción”, en Eguía, Amalia y Ortale, Susana (coord.), *Los significados de la pobreza*, Biblos, Buenos Aires.
- Gutiérrez, Alicia (2005), *Pobre´ como siempre. Estrategias de reproducción social en la pobreza*, Ferreyra Editor, Córdoba.
- Gutiérrez, Alicia (2007), “Clases, espacio social y estrategias: una introducción al análisis de la reproducción social en Bourdieu”, en Bourdieu, P., *Campo del poder y reproducción social. Elementos para un análisis de la dinámica de las clases*, Ferreyra Editor, Córdoba.
- Gutiérrez, Alicia (2003), “La educación como práctica social en la teoría de Bourdieu: Elementos de análisis a partir del caso de un conjunto de familias pobres de Córdoba, Argentina”, en *Revista Complutense de Educación*, Vol. 14, Núm. 1, p. 115 - 132.
- Isla, Alejandro y Míguez, Daniel (2010), *Entre la inseguridad y el temor. Instantáneas de la sociedad actual*, Paidós, Buenos Aires.

- Muñiz Terra, Leticia (2007), “Trayectorias laborales precarias: un particular eslabonamiento de acontecimientos causales”, en Eguía, Amalia y Ortale, Susana (coord.), *Los significados de la pobreza*, Biblos, Buenos Aires.
- Narodowski, Patricio, Panigo, Demian y Dvoskin, Nicolás (2010), “Aspectos teóricos relevantes para el análisis empírico de la informalidad en la Argentina”, en Neffa, J. C., Panigo, D. y Pérez, P. E. *Transformaciones del empleo en Argentina. Estructura, dinámica e instituciones*, CICCUS Buenos Aires.
- Neffa, Juan C., Oliveri, María L., Persia, Juliana (2010), “Transformaciones del mercado de trabajo en la Argentina: 1974-2009” en Neffa, J. C., Panigo, D. y Pérez, P. E., *Transformaciones del empleo en Argentina. Estructura, dinámica e instituciones*, CICCUS, Buenos Aires.
- Pérez, Pablo (2006), “Tensiones entre la política macroeconómica y la política de ingresos en la Argentina post-Convertibilidad”, en *Laboratorio*, Año 8, N° 19, otoño/invierno, pp. 5 a 12.
- Poupeau, Franck (2007), *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*, Ferreyra Editores, Córdoba.
- Salvia, Agustín, Fragulia, Luciana y Metlika, Úrsula (2006), “¿Disipación del desempleo o espejismos de la Argentina post devaluación?”, en *Laboratorio*, Año 8, Núm. 9, otoño-invierno.